

ANDRÉS PASCUAL



EL
GUARDIÁN
DE LA
FLOR DE LOTO



Faltan pocas horas para que el lama Logsan Singay desvele al mundo las claves que revolucionarán la medicina. Tras años de investigación en su monasterio, Singay ha logrado aunar los avances científicos de occidente con la sabiduría ancestral de los chamanes tibetanos. Sin embargo, poco antes de impartir la tan esperada conferencia en la Universidad de Harvard, el médico muere en extrañas circunstancias.

Jacobo, un joven español inmerso en una crisis personal y profesional, se ve empujado a investigar qué hay detrás de esa misteriosa muerte. La respuesta podría estar en un tratado milenario que una secta budista y los servicios de inteligencia del ejército chino ansían poseer. Para encontrarlo, Jacobo emprende un vertiginoso viaje por las inaccesibles cumbres del Himalaya, desde el norte de la India hasta las profundidades del legendario Tíbet. Al tiempo que sortea los peligros que le acechan, de la mano de su maestro Gyentse aprenderá que ese universo mágico también alberga la solución a sus propios conflictos.

Prólogo

Tíbet occidental, septiembre de 1967.

El pequeño lama corría a tientas entre los cascotes. Apretaba unos libros contra su pecho y no podía retirar el agua de lluvia que se le metía en los ojos. La tormenta rugía feroz. Comenzó rumorosa siete días antes, la misma mañana en la que los mensajeros anunciaron que un regimiento de guardias rojos se acercaba a la región destruyendo cuantos monasterios encontraba a su paso. Y después llegó a diluviar, hasta venirse el cielo abajo el día del ataque, como si algún demonio arrepentido quisiera lo invadía todo podía creer que fuera verdad. Ni cuando se convenció de que ninguno de sus compañeros había salido a tiempo del edificio de los dormitorios que yacía desplomado entre los grandes pilares de madera hechos astillas.

«Mi monasterio —pensó— mi hogar en llamas.»

Decidió ocultarse en las despensas. Echó a correr por una de las cuevas que surcaban la lamasería, estructurada como una aldea amurallada. A mitad de camino resbaló e hincó las rodillas en el empedrado. Levantó la mirada y le sobrecogió la imagen de los cuerpos tendidos, arrojados en sus túnicas rojas confundidas con el manto de sangre que se deslizaba calle abajo hasta sus piernas. Aflojó la tensión de los brazos y dejó caer los libros. La tinta comenzó a disolverse mientras las hojas se elevaban llevadas por el viento que traía las voces de los soldados. Sintió próxima su estridencia y el terror se apoderó de él.

Se volvió hacia el patio. Ya estaban allí. El pequeño lama clavó sus ojos en la estrella roja que resaltaba en la hombrera empapada de un soldado que, sobre un jeep, hacía girar una ametralladora. Todos gritaban y se movían de forma desordenada. Disparando ráfagas al aire, ordenaron salir a los monjes que se habían resguardado en el pabellón donde se fabricaban las velas. Los lamas aparecieron con las manos en alto, entre ellos uno de los tutores del niño. Al verle se lanzó emocionado hacia él, justo cuando el soldado del jeep encañonó al grupo y les acribilló sin darles tiempo a reaccionar.

El que hacía las veces de oficial se fijó en el pequeño lama que se había quedado inmóvil, mudo bajo la lluvia con su metro veinte de estatura y la túnica que arrastraba por el suelo. Entrecerró aún más sus ojos rasgados para divisarlo entre la cortina de agua, disparó un arma corta y le alcanzó en una mano. El niño dejó escapar un grito de dolor y echó a correr de nuevo entre estertores, esquivando los cuerpos de los lamas, resbalando sobre las piedras pulidas, apoyándose en un murete con una mano mientras su respiración agitada se fundía con el silbar de las balas y las arengas chinas que salían de algún megáfono.

Pasó sin detenerse junto al edificio donde vivía el abad. Subió la larga escalera que partía de la galería de columnas y casi fue arrollado por un caballo que bajaba desbocado desde los establos. El camino que llevaba a las cocinas estaba cortado.

Pensó que podría atajar por la parte trasera de la sala de estudio, pero aquella zona estaba infestada de guardias rojos. Se detuvo junto a la esquina pegando la espalda al muro y se asomó con cuidado. Los soldados salían cargados de libros que arrojaban al suelo formando una pila. Uno de ellos se afanaba en encender una antorcha bajo la lluvia. Otro llegó con un bidón y lo vació sobre los pergaminos; luego arrojó un mechero prendido y produjo una hoguera que al instante sobrepasó la altura de los tejados. La

mano del pequeño lama no dejaba de sangrar. Mientras la patrulla contemplaba cómo ascendían las llamas, corrió en dirección al patio que había junto a la muralla, temiendo que también hubieran llegado hasta allí. Así era. Casi se dio de bruces contra otro camión que escupía más y más reclutas desafortunados que se esparcían por la lamasería como una gran mancha de petróleo. Pronto descubrieron a un grupo de monjes que se habían agazapado detrás de un muro tratando de ocultarse y les dispararon con saña antes de que pudieran levantarse.

La resistencia del pequeño lama llegó a su fin. Cerró los ojos y tragó como pudo el dolor que bombeaba la herida de la mano. Escuchó más ráfagas de disparos y sintió que se desmayaba. Se dejó caer sobre la puerta de un torreón de la muralla exterior. En ese momento alguien la abrió, le palpó la cabeza rasurada y tiró de él hacia el interior.

Era su maestro, un lama ciego a quien todos en el monasterio conocían como el pintor de mándalas.

—¡Maestro!

—¡Lobsang Singay, hijo! ¡Eres tú! ¡Corre hacia abajo! — le gritó mientras encajaba una barra de hierro para mantener bloqueado el portón.

—Está muy oscuro —sollozó el niño.

El maestro, un viejo lama de edad indeterminada, encendió de forma apresurada una mecha gruesa que sacó de su bolsillo.

La llama iluminó sus ojos sin color. A pesar de su ceguera controlaba todos sus movimientos como si pudiera ver. Acercó la mecha hacia el fondo del pasadizo, iluminando una angosta escalera sobre la que goteaban las filtraciones de la tormenta.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar que no conocen los militares chinos. ¡Baja ya! ¡No te detengas!

Al llegar al final del pasadizo se abrió ante ellos una sala rodeada de columnas.

—Nunca me habías traído aquí.

—Quizá no lo recuerdes, pero te hicimos bajar a este sótano hace años, pocos días después de tu llegada al monasterio. Aquí es donde comprobamos el acierto de nuestras designaciones, donde realizamos las pruebas para estar seguros de que algunos niños como tú sois las afortunadas reencarnaciones de nuestros grandes lamas del pasado. Hoy nos servirá de cobijo. Túmbate donde puedas.

El suelo estaba cubierto de alfombras.

—Me duele mucho la mano... —se quejó el niño. El maestro recorrió la herida con la yema de sus dedos índice y corazón.

—Trataré de detener esa hemorragia. Abrió el cajón de un mueble en el que guardaba cuencos tibetanos, collares y figuras de divinidades. Sacó un frasco y preparó un improvisado vendaje con jirones arrancados de su propia túnica. Mientras limpiaba la herida con el ungüento, el pequeño lama se quedó dormido, acurrucado como si fuera un recién nacido. El maestro acercó una alfombra pequeña y le arropó para protegerle de la humedad y del frío.

A pesar de que el bombardeo hacía retumbar las paredes de la sala una y otra vez, el niño durmió durante varias horas. Se despertó tranquilo junto a unas velas que el maestro había encendido para él y que, poco antes de derretirse totalmente, iluminaban con languidez el oscuro recinto. Tan sólo se escuchaba el golpeteo de las gotas contra el charco formado en un escalón. El pintor de mándalas estaba tendido en el suelo, con los párpados apenas cerrados y una particular laxitud en sus miembros. El pequeño lama sintió su brazo paralizado desde el codo hasta la mano. Al menos había dejado de sangrar. Cruzó la sala sin hacer ruido y se encaminó hacia el nivel superior. Cuando llegó arriba soltó el pasador y abrió la puerta, poco más que una rendija para asomarse.

Ya no llovía y el sol, tamizado por la neblina del amanecer, se filtró apresurado y le cegó durante unos instantes.

No se percibía movimiento alguno. Vio, apoyada en la pared, una escalera de madera que ascendía hasta la terraza del torreón. Se remangó la túnica y subió por ella. Empujó la trampilla y salió al exterior. Desde allí se divisaba casi todo el monasterio, con su particular planta circular similar a un enorme mándala. En cada rincón había cuerpos tendidos, túnicas arrugadas y pisadas sobre el barro, restos de papel quemado en los charcos y maderas calcinadas. Primero contó docenas y luego cientos de monjes de todas las edades, algunos amontonados junto a los muros. Pensó en los que habían quedado sepultados bajo los edificios derruidos y sus ojos se llenaron de lágrimas. La biblioteca, la sala de rezos y también la cocina en la que pensó esconderse habían quedado reducidas a un montón de piedras negras todavía humeantes.

Un ruido le sobresaltó. Era el maestro ciego, que subía con dificultad.

—No debiste salir sin decírmelo —le increpó entre jadeos. El niño se volvió hacia él.

—Traté de salvar mis libros, pero se me cayeron cuando huía de los soldados.

El maestro tanteó hasta que sus manos encontraron los hombros del niño. Se agachó y se dirigió a él mirándole frente a frente, como se mira a un igual, como si pudiera verle desde el fondo de sus ojos blancos.

—Los guardias rojos pueden incendiar todas nuestras bibliotecas, todas y cada una, pero ni aun así van a lograr que nos demos por vencidos. —Tomó aire para continuar—. Han destruido nuestros libros, y es cierto que los antiguos lamas vertieron toda su paciencia en la caligrafía de sus páginas, y yo mismo en sus dibujos, pero la verdadera naturaleza del budismo tibetano, pequeño, el verdadero legado del Tíbet, está en nosotros mismos. Eso no lo podrán quemar nunca, recuérdalo. Mientras quede un solo maestro vivo capaz de transmitir las enseñanzas y un solo novicio

dispuesto a recibirlas, seguirá forjándose nuestra tradición milenaria.

—¿Seguirás enseñándome como hasta ahora? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

Esbozó una sonrisa.

—Ya has aprendido todo lo que yo podía transmitirte. Muchos grandes lamas querían tener los conocimientos que tú, a pesar de tu edad, ya tienes. Además —añadió con la voz cargada de pena—, en pocos días tendrás que irte de aquí.

—¿Adónde?

—A Dharamsala, en la India. Ha llegado el momento de que sigas los pasos de Su Santidad el Dalai Lama.

—¿Y qué haremos con el cartucho?

—No te preocupes. Llevas en tu interior toda la sabiduría que encierra. Ahora sólo tienes que pensar en llegar sano y salvo al otro lado de la cordillera.

—Pero tú vendrás conmigo, ¿verdad?

—Yo soy demasiado viejo para hacer ese viaje. He pasado en esta lamasería toda mi vida y...

El maestro ciego apretó contra su pecho la cabeza del pequeño lama Lobsang Singay. Nunca había escuchado un silencio como aquél, tan distinto al que envolvía sus ratos de meditación. Ya estaban lejos los megáfonos que, sujetos a los carros de combate, arrojaban los discursos de Mao durante el asalto. Se dirigían al siguiente monasterio. Puede que ya hubiesen llegado.

Boston, septiembre de 2007.

Los estallidos de luz de la mañana de Boston saludaron al recién llegado. El lama se detuvo un instante al salir del hotel y escuchó, palpó, observó. Quería impregnarse de las texturas de la ciudad americana. El chófer que habían enviado para recogerle se fijó con descaro en su cráneo rasu-

rado, la piel quemada del Himalaya. El lama sonrió y fue hacia él. La túnica oscilaba entre el vapor que destilaba el asfalto. Las sandalias cacheteaban las losetas mojadas.

—Buenos días, doctor Singay.

—Buenos días —respondió el lama con un perfecto acento inglés.

—Tardaremos muy poco en llegar al campus —le informó mientras le abría la puerta del coche.

El lama agradecía el frío que entraba por la ventanilla. Recordó que el rector, cuando fue a recibirle al aeropuerto el día anterior, le sugirió que, aunque todavía no se hubiera extinguido el verano, llevase una chaqueta para arropar sus hombros desnudos. El rector no conocía el gélido silbido de la meseta del Tíbet; las mañanas, tardes y noches en las que el lama, que entonces era un niño, no disponía de otro abrigo que la tela enrollada, mientras respiraba la nieve en la terraza del monasterio.

Tal como le había anunciado el chófer, en tan sólo unos minutos llegaron a Harvard. Observaba los patios de la facultad bostoniana en la que iba a impartir sus conferencias y pensaba en cuánto se diferenciaban sus montañas de lo que allí veía. A pesar de tratarse de un sobrio enclave tradicional, en Harvard se respiraba modernidad. El lama médico Lobsang Singay pensó que había acertado al escoger aquel lugar para revelar al mundo sus secretos.

El coche le dejó frente a la escuela de medicina. Subió la escalera acompañado del tañido solemne de las campanadas de las nueve y se presentó a la recepcionista. Al momento, el rector de la universidad y el decano de la facultad salieron apresurados de un despacho.

—¡Bienvenido a Harvard, doctor Singay! —exclamó el rector—. ¿Le ha gustado el hotel?

—Es perfecto —contestó el lama, dejando con cuidado su maletín en el suelo y brindándoles la mano.

—Todos están ansiosos por conocerle pero, si no le importa, primero nos haremos unas fotografías fuera. El lama

asintió.

El rector hizo un gesto y un hombrecillo con un enorme objetivo que esperaba sentado en una silla se levantó y salió tras ellos.

—¿Había estado alguna vez en Estados Unidos? —intervino cordial el decano mientras el fotógrafo les daba instrucciones sobre cómo colocarse.

—Éste es mi primer viaje fuera de Asia —contestó el lama.

—Sin duda hubiera preferido volar hacia el Tíbet —añadió el decano con complicidad—. Es indignante, ¡casi medio siglo sin que ustedes puedan regresar a su tierra!

«¡Casi medio siglo! —pensó el lama, repitiendo para sí las palabras del decano—. Ya han pasado cuarenta años desde que me despedí del pintor de mándalas sobre las ruinas de mi lamasería.»

Mientras se sucedían los estallidos del flash, el lama médico Lobsang Singay cerró los ojos y echó la vista atrás, recordando lo que sin duda era el período más difícil de la historia de su pueblo.

Cuando el Dalai Lama sólo era un adolescente, el gobierno tibetano —temeroso ante la imparable incursión de las tropas chinas en sus territorios— le cedió el poder absoluto en lo político y en lo religioso. Mao Zedong estaba empeñado en liberar al Tíbet de lo que él denominaba un régimen feudal teocrático, pretendiendo incorporarlo a la Madre Patria como si se tratase de una provincia más de China. A partir de entonces aquel joven Dalai Lama trató durante años de negociar con Mao una salida pacífica al conflicto. Pero la pretensión política del líder chino se tornó finalmente en una obsesión demente que estalló a la par que el primer obús que cayó sobre Lhasa, la capital del Tíbet, iniciando la campaña militar que aniquiló la débil sublevación del pueblo tibetano. El 17 de marzo de 1959, horas antes de que llegasen las tropas, el Dalai Lama fue sacado de su palacio a hurtadillas por un grupo de incondicio-

nales que le acompañó al exilio. Cruzó a pie el Himalaya llevándose siglos de tradición en los baúles y llegó a un pequeño enclave montañoso del norte de la India llamado Dharamsala, donde se le permitió instalarse hasta que pudiera regresar a su tierra. Llegó congelado por la injusticia y calado hasta los huesos por la lluvia caída durante el viaje, pero con la suficiente fuerza y autoridad para instaurar un gobierno exiliado que después de medio siglo aún continuaba su lucha no violenta.

El lama médico Lobsang Singay había sido uno de los miles de tibetanos que, viendo cómo sus hogares y monasterios eran destruidos, le siguieron al exilio. Nunca había regresado al Tíbet. Pasó su vida en Dharamsala, donde profundizó en el estudio de las tradiciones ancestrales y recuperó olvidadas vías de curación.

Ahora había viajado a Boston y sabía que se encontraba en el lugar adecuado para lograr sus objetivos.

Sus anfitriones le guiaron a través de un pasillo de puertas translúcidas.

—No tema —dijo el decano sin dejar de andar—. Hoy no le atosigaremos con nuestras preguntas. Esperaremos pacientes a la primera clase magistral de mañana.

—¡Aquí le tienen! —exclamó el rector a la vez que desplegabla las puertas de la sala de recepciones.

Sobre una larga mesa de caoba vestida con mantel de hilo habían colocado unos coloridos aperitivos que contrastaban con la solemnidad de la estancia. Las paredes estaban cubiertas de cuadros que mostraban imponentes retratos de los prohombres de la universidad. Todos los invitados a la recepción, que hasta entonces charlaban en corros dispersos por la sala, se acercaron para saludarle. Allí estaban los decanos de las otras facultades, investigadores y representantes de todas las empresas del sector médico ubicadas en el estado de Massachusetts, los responsables de los equipos directivos del Hospital General y el propio al-

calde de la ciudad, acompañado del jefe de su gabinete de prensa.

—¡Nos alegramos de tenerle aquí! —exclamaba uno de ellos mientras los reporteros que habían conseguido acreditación trataban de captar un primer plano para los rotativos del día siguiente.

—Es un honor para toda la comunidad médica.

—¡Y para la académica! —apuntó el rector.

—¿Es monje o lama? —preguntó el alcalde en tono más coloquial.

—Los lamas somos los monjes que nos dedicamos al estudio y a la enseñanza de la doctrina budista tibetana —le aclaró con amabilidad—. Pero puede dirigirse a mí simplemente como Lobsang Singay.

—«Curación en la vida y en la muerte: los secretos del *Tratado de la Magia del Antiguo Tíbet*» —recitó uno de los mecenas de la universidad, leyendo en voz alta el folleto que tenía en la mano—. ¿Por qué ha llamado así a las conferencias?

—¡No sean impacientes! —rió el rector—. Al doctor Singay se le considera una reencarnación del Buda Bhaisajyaguru, el gran maestro tibetano de la curación, por lo que a buen seguro nos desvelará ésa y otras muchas cosas durante los próximos días.

El rector tiró de él hacia un extremo de la sala. Allí esperaba, discretamente apartado, el empresario que había patrocinado el curso.

—Doctor Singay, le presento al señor Burk, propietario de la corporación Byosane.

—La farmacéutica que nos ha provisto de fondos... —susurró el lama—. Le estoy muy agradecido por su colaboración.

—Espero que sólo sea el principio de una fructífera alianza. Estamos ansiosos por conocer de una vez por todas esas técnicas curativas que van a revolucionar la medicina mundial.

—Intento aportar lo que está en mi mano —contestó.

—No sea tan humilde —intervino el rector—. Hoy en día —les informó al resto—, hasta el propio Dalai Lama solicita su opinión no sólo en cuestiones médicas, sino en cualquier otro asunto de estado.

—Para suscitar la respuesta de otras naciones y recabar su apoyo hemos de dejar fluir hacia el exterior nuestra doctrina —aclaró el lama—. Es la única arma que podemos esgrimir, compartir nuestra esencia.

—¿Y qué piensa el Dalai Lama acerca de que usted haya venido aquí para revelar sus secretos médicos? —se interesó el empresario.

—Su Santidad me animó a hacerlo. Ambos sabíamos que había llegado el día. Pero he de aclarar que no sólo son mis secretos, sino los de tantos otros lamas anteriores a mí. Es la obra de toda mi vida, pero también la de muchas otras vidas anteriores.

—Ninguno de nosotros podía imaginar que la medicina tibetana hubiera evolucionado de tal forma —confesó el decano.

—Se dice que ustedes son capaces de curar enfermedades que la medicina occidental ni siquiera sabe diagnosticar.

—Primero hemos de convencernos de que el origen de la enfermedad no siempre está en el cuerpo. Se trata de sanar el espíritu para que todo lo demás se repare por sí solo.

—Espero que no sea ésa su única recomendación —comentó Burk, el empresario farmacéutico, con una sonrisa la-deada.

El lama se volvió hacia él.

—¿Aún cree que el cáncer o el sida puede curarse únicamente a través de fármacos?

—Lo siento, no pretendía ofenderle.

—Ni mucho menos lo pretendo yo. Como usted ha dicho, nuestro anhelo es poder trabajar conjuntamente. Sólo deseo poner mi medicina al alcance de quien mejor pueda

servirse de ella. Y ¿por qué no había de comenzar por Harvard? Quizá, en esta ocasión, alguien decida que merecemos la pena.

—Nosotros ya lo pensamos —le confirmó el rector con seriedad.

Tras un instante de silencio, una joven que hasta entonces había permanecido callada se añadió al grupo. Era una ejemplar estudiante de medicina que cubría los artículos científicos de la gaceta universitaria.

—Dígame, para nuestra revista —le mostró la última publicación—, ¿hay también curación en la muerte?

El lama cogió una copa con agua y bebió un sorbo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Anne —contestó ella.

—Recuerdo que estuve tratando durante varios meses a una enferma llamada así. Ahora vive en Londres y me escribe cada año por estas fechas. —Permaneció pensativo unos segundos antes de contestar—. Digamos que los próximos días me tomaré la libertad de explicar una medicina distinta siguiendo los dictados de los primeros maestros del Tíbet, quienes trazaron por el mismo cauce las vías de la espiritualidad y de la sanación.

—¿Se refiere a los secretos que esconde el *Tratado de la Magia del Antiguo Tíbet*? —inquirió ella, insistiendo con el enigmático título del curso—. Nadie conoce ese libro mágico.

El lama de nuevo se tomó su tiempo.

—En el Tíbet crece una fruta capaz de sanar las más extrañas dolencias —le explicó por fin con suma dulzura—. Se cultiva en terrenos puros regados por el agua del deshielo de las montañas sagradas. Es tan delicada que si la toca una mano humana pierde al instante su color carmesí y se esfuman sus propiedades, y por ello se cosecha sacudiendo las ramas y recogiendo las bayas en redes de bambú. Pero de nada sirve si, al mismo tiempo que se administra, el médico no propicia en el paciente el estado óptimo para sanar

su espíritu. Y no me refiero sólo a la psicología. En mi laboratorio de la escuela de medicina de Dharamsala hemos fundido esa sabiduría ancestral del viejo Tíbet con los descubrimientos más modernos realizados en campos como la neurofisiología y, tras varios años de estudio, hemos aprendido a estimular el cerebro de nuestros pacientes hasta convertirlo en nuestro mejor aliado. Tú misma decidirás, cuando terminen las conferencias, si se trata o no de magia.

Apuré el agua que le quedaba.

—Parece increíble... —murmuró el decano de forma inconsciente—. Siempre habíamos pensado que serían necesarios siglos de investigación antes de llegar a eso.

—Y ¿va a mostrarnos cómo hacerlo? —preguntó cautivada la estudiante.

—Me abriré a vosotros como una flor de loto, pero antes de nada habréis de comprender una verdad básica de nuestra doctrina. Debéis saber que vuestra principal función ha de ser enseñar a vuestros pacientes a morir.

El decano se inclinó buscando los ojos del lama.

—Pero...

El lama sonrió y mostró las palmas de las manos, dándole a entender a su anfitrión que estaba hablando de algo natural, bello desde sus ojos de médico del Himalaya.

—Me refiero a que los futuros médicos habrán de saber llevar de la mano a sus pacientes hasta que éstos se convencen de que sólo se alejarán del sufrimiento que nos ha tocado padecer cuando descubran que nada les encadena ni a este mundo ni a las cosas materiales que nos tienen sometidos. Ese día se imbuirán de las fuerzas de la naturaleza y sanarán para siempre de todas sus enfermedades. Disfrutarán de la vida o, en todo caso, se enfrentarán a la muerte como a un estado más de esa vida. A partir de la comprensión plena de estos principios —concluyó mirando a la estudiante—, os será mucho más sencillo asimilar mis técnicas curativas—. El lama médico Lobsang Singay dejó suspendidas sus palabras unos segundos, con la mirada perdida en